

Jordi San José

Queridas familias



Jordi San José. Nací en Sant Feliu de Llobregat (Barcelona) en 1957. Soy licenciado en Ciencias Químicas por la UB (1974) y diplomado en Ciencias Empresariales por la UOC (2007). Toda mi vida profesional ha girado en torno a mis dos grandes pasiones: la enseñanza y la política. He sido maestro de Primaria y profesor de Secundaria. Desde 1991 a 2011 fui concejal en mi Ayuntamiento. De 2011 a 2019 fui alcalde de mi ciudad. Desde 2017, mi mujer y yo somos familia de acogida. Desde 2019, soy profesor voluntario en un centro de acogida de menores migrantes no acompañados en mi ciudad. En octubre de 2022 salió a la venta mi primer libro, *Estimades famílies*, editado por Eumo.

Queridas familias

Jordi San José

Queridas familias

Traducción al castellano de:
Manuel León Urrutia

Octaedro 

Colección Octaedro Educación

Título: *Queridas familias*

Título de la edición original: *Estimades famílies* (Eumo Editorial, 2022)

Traducción al castellano: Manuel León Urrutia

La traducción de esta obra ha contado con la ayuda del Institut Ramon Llull.

llll institut
ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Primera edición: noviembre de 2023

© del texto: Jordi San José Buenaventura

© de la edición original: Eumo Editorial

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

Bailén, 5 – 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02

octaedro@octaedro.com

www.octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19900-94-4

Depósito legal: B 20373-2023

Diseño de la cubierta: Tomàs Capdevila

Realización y producción: Editorial Octaedro

Impresión: Masquelibros

Impreso en España - *Printed in Spain*

Presentación

Hace más ruido un árbol que cae que cien que crecen.

PROVERBIO TRADICIONAL CHINO

Propósitos. Como todos, este libro responde a unos propósitos que se exponen y se viven con claridad en todas sus páginas. Quiero adelantarlos de forma explícita ya desde su mismo inicio. Mis propósitos al escribir *Queridas familias* son básicamente dos: poner en valor la familia en toda su diversidad y poner en valor la enseñanza pública en su impagable papel, entre otros muchos aspectos, de dar visibilidad y normalidad a la diversidad de familias de nuestro tiempo.

En mi experiencia como profesor de Secundaria ya jubilado y como exconcejal y exalcalde de mi municipio, he constatado a diario y constantemente como la familia, ¡las familias! son, siguen siendo, el espacio, el ámbito, el marco o la institución que mejor permite la crianza, la educación y el desarrollo de los niños y niñas deseados por sus progenitores y en una perspectiva que trasciende la infancia, la confianza, la seguridad y el amor entre las personas que las conforman. No dudo de que, en el plano teórico o de manera puntual, puedan existir otras formas de crianza y de convivencia, pero ninguna de esas formas ha podido, en ninguno

de los lugares o de los sistemas económicos y sociales de nuestro tiempo, constituir ni los ámbitos de amor interpersonal ni los núcleos de organización social que hoy representan las familias. Solo por eso es pertinente como propósito el poner en valor la familia, la voluntad compartida entre personas que se aman de construir un proyecto de vida en común, una familia.

En tiempos no tan lejanos, la familia tenía que responder obligatoriamente a un modelo en que un «cabeza de familia» siempre masculino mandaba sobre una esposa cuya principal obligación era la procreación y educación de los hijos, los cuales debían a ambos sumisión, obediencia y respeto. La progresiva construcción de una sociedad democrática y laica, la lucha permanente de las mujeres por la plena igualdad de derechos, deberes y oportunidades y por tomar sin ningún límite el timón de sus vidas, así como la lucha de los colectivos de gais, lesbianas y trans por el derecho de toda persona a amar a quien libremente quiera han configurado hoy una diversidad de formas de familia en la que siempre aparece como constante, innegablemente, la incondicionalidad del amor como fundamento de la relación entre las personas que las forman. Poner en valor la familia es, en mi opinión, inseparable de poner en valor la diversidad de formas de familia que las luchas sociales han hecho posible.

Escuelas e institutos son los lugares naturales donde encontrar y vivir esta diversidad de familias. Un sistema educativo garantista como el nuestro asegura que los niños de entre 3 y 16 años tengan una plaza escolar. *Queridas familias* transcurre en un instituto público de Secundaria, con jóvenes nacidos mayoritariamente en el barrio donde se ubica el instituto, en el que se reflejan las diferentes realidades familiares que encontramos en cualquier barrio de las ciudades medianas y grandes de nuestro país. Con un capítulo dedicado a cada mes del curso escolar, *Queridas familias*

quiere aproximarse respetuosamente a diez situaciones familiares actuales diferentes. Este es un libro escrito desde el convencimiento profundo de lo que expresa el proverbio con el que he querido empezar. Todas ellas podrían haberse escrito desde la perspectiva crítica del «árbol que cae»: todo el profesorado podría explicar experiencias negativas de familias de su alumnado. En cambio, todas ellas se han escrito desde la perspectiva positiva de los cien árboles que crecen: familias que, con características, trayectorias y problemas diversos, basan el día a día en un amor incondicional a los hijos. Un libro de teoría de la institución familiar debería considerar seguramente estas y otras perspectivas, pero *Queridas familias* no pretende serlo; solo quiere plantear interrogantes y dar pautas para una reflexión sobre las realidades familiares que nos rodean. No es un ensayo sobre la familia, es un texto narrativo para remarcar el decisivo papel del amor como razón de ser de todas las formas de familia.

Es un libro que puede ser leído con interés por todo el mundo que quiera aproximarse de manera positiva al mosaico de familias que conviven en un centro docente, que es el mosaico en el que convivimos en cualquier pueblo o ciudad de España en este primer tercio del siglo XXI. Por la experiencia que tengo como familia de acogida de urgencia y diagnóstico desde hace cinco años, he querido poner un acento particular en las familias acogedoras y en las familias adoptivas, parte esencial de las políticas públicas de protección a la infancia.

Pero es también un libro que invita a una reflexión en el seno de las escuelas y los institutos. Una reflexión a la que he querido aportar mi doble perspectiva de profesor de Ciencias jubilado y de exalcalde de un municipio en el que bien podrían transcurrir las vidas de los protagonistas de este libro. Una doble perspectiva que, haciéndome eco del viejo aforismo de «observar sin perturbar» con

el que hay que mirar por un microscopio, he querido convertir en «acompañar sin interferir», pues creo que eso es lo que podemos hacer los ayuntamientos y las familias en la impagable labor que realizan los profesionales de educación en nuestros centros.

Las competencias que la legislación atribuye explícitamente a los ayuntamientos en materia educativa son, como es sabido, escasas, y, en todo caso, complementarias de las que corresponden a las comunidades autónomas, plenamente competentes en educación. Sin embargo, cada vez un mayor número de ayuntamientos han tomado la opción («voluntad política», lo llamamos) de estar presentes y apoyar a las escuelas e institutos públicos y a los centros concertados que se sientan involucrados. Muchos consistorios han invertido verdaderos esfuerzos económicos en la educación no obligatoria, especialmente en las guarderías municipales para niños de 0 a 3 años, conscientes de que son un factor clave de equidad en educación —y por eso muchos de ellos incorporan la tarificación social: para ajustar las cuotas a la capacidad económica de las familias—, o en la educación permanente de adultos, conscientes de que también son un elemento decisivo para evitar la exclusión social —y por eso muchos ayuntamientos los relacionan con los servicios públicos de promoción económica y empleo—. En lo que se refiere a la enseñanza obligatoria, numerosos consistorios se implican cada vez más en cuestiones que definen el futuro de pueblos y ciudades. Un ejemplo: si queremos evitar barrios segregados por razón de renta o procedencia de sus ciudadanos, debemos evitar que existan escuelas o institutos segregados por razón de renta o procedencia del alumnado. Y esto explica que cada vez más municipios apuesten por las «oficinas municipales de escolarización». Por la misma razón, la existencia de una evidente desigualdad de oportunidades en el acceso al ocio entre el alumnado de un municipio ha hecho que muchos ayuntamientos

colaboren con sus gobiernos en la elaboración e implementación de los «planes educativos de entorno». Son dos ejemplos —en mi opinión, relevantes— de «acompañar sin interferir».

Con ese mismo objetivo, otro instrumento fundamental que abordo en el libro son los consejos escolares, los cuales pueden ser una representación meramente formal o, por el contrario, convertirse en un auténtico lugar de decisión y planificación de un trabajo municipal junto a los centros, especialmente en dos ámbitos: el trabajo social y la cultura. Varios capítulos del libro tratan del trabajo de la comisión social o de la comisión cultural, ambas con representación municipal. El trabajo con las familias más vulnerables es evidente que no puede llevarse a cabo solo desde los centros educativos; es mucho más efectivo si se planifica conjuntamente entre los servicios sociales del Ayuntamiento y los representantes del profesorado, trabajando de forma regular y con los mismos instrumentos para asegurar la escolarización con la máxima igualdad de condiciones para todo el alumnado. Y lo mismo ocurre en el ámbito cultural: los recursos del municipio deben estar al alcance de los centros educativos, y su programación de actividades culturales ha de incorporar la participación de dichos centros.

Se trata de intentar avanzar concretamente en la idea de «corresponsabilidad de los ayuntamientos en materia educativa» que aparece en los textos legales de algunas comunidades, entre ellas Cataluña.

Otro gran sujeto de corresponsabilidad que prevén varios textos de legislación educativa es, justamente, la familia, las familias. Que se vincularan a los proyectos educativos de cada centro es un objetivo constante desde que existe el asociacionismo de las familias de alumnos. En muchos casos, las conocidas inicialmente como APA (asociaciones de padres de alumnos) nacieron simul-

táneamente en muchas escuelas que se crearon, en el marco de la Ley General de Educación de 1970, para cubrir los enormes déficits educativos de la España que salía de la posguerra. Escuelas e institutos realizados a menudo con prisas y sin servicios ni profesorado a finales del franquismo originaron unas APA muy combativas en todas las grandes áreas urbanas del Estado.

El papel de las APA en la reivindicación y la lucha por una escuela pública de calidad fue clave en sus orígenes, que se sitúan en la década de los setenta del pasado siglo. Esta función reivindicativa y de cohesión social del asociacionismo familiar educativo sigue ahí, aunque la normalidad de funcionamiento de los centros la ha dejado en un segundo plano. Posteriormente, el asociacionismo familiar ha canalizado la representación de las familias en los consejos escolares de los centros y ha colaborado en la prestación de servicios, desde las acogidas de mañana, hasta los comedores escolares, pasando por la venta de libros o las actividades extraescolares. Como en el caso de los ayuntamientos, la representación en los consejos escolares puede ser una formalidad o puede ser también un sitio real de corresponsabilidad. Este es, de nuevo, el espacio en el que se sitúa *Queridas familias*, con representantes de las familias en las comisiones social y cultural del instituto, donde se toman decisiones relevantes, y en la perspectiva de «acompañar sin interferir» que antes exponía. Muchas asociaciones han ofrecido también actividades formativas o de ocio a las familias de los centros, a menudo en coordinación con las asociaciones de otros centros o con los ayuntamientos, como ocurre con las llamadas «escuelas municipales de familias».

Sin embargo, además del asociacionismo familiar educativo, los tutores de aula conocen la importancia de unas relaciones basadas en la confianza. En el libro describo reuniones en las que es fundamental el clima de conocimiento, primero, y de complici-

dad, después, entre Ana, la protagonista, que es tutora de primero de ESO, y las familias. Y esa confianza recíproca entre profesor y familias, cultivada a lo largo de más de dos décadas de trabajo en el instituto, es lo que llega incluso a sorprender a Miguel, el otro profesor protagonista del libro, hasta el punto de hacerlo enmudecer.

De la misma manera que he querido apuntar en positivo las posibilidades de la corresponsabilidad entre administraciones, lo he querido hacer también con las familias. Creo que el libro ayuda al debate en estos dos ámbitos. Y por eso creo que *Queridas familias* tiene su espacio en una editorial como Octaedro, referente plenamente reconocido en la innovación social y educativa, y a la que —como ya agradecí a Eumo Editorial el texto original en catalán, *Estimades famílies*— quiero agradecer la materialización de los dos propósitos con los que abría esta presentación. Espero que esta doble voluntad de poner en valor la diversidad de nuestras familias y la importancia de nuestro sistema público educativo se haya conseguido, a ser posible con una sonrisa de complicidad, a los ojos de los lectores y de las lectoras de *Queridas familias*.

JORDI SAN JOSÉ BUENAVENTURA

Sant Feliu de Llobregat (Barcelona), octubre de 2023

Septiembre. Madres coraje

I

—¡Qué septiembre! ¡No ha parado de llover desde que los chicos regresaron a la escuela!

—Y suerte que tenemos el porche, que si no pudieran salir al patio después de haber saltado como cabras durante todo el verano...

Ana y Miguel contemplan aquel grupo de preadolescentes que acaban de empezar primero de ESO en el instituto. Es un instituto con cinco líneas de ESO, tres líneas de Bachillerato y dos de formación profesional. Es el instituto histórico de un municipio que últimamente ha crecido mucho.

Ana acaba de obtener plaza definitiva, después de dos años de interinaje. Miguel lleva ya veintidós años trabajando, y solo le queda este curso para jubilarse. Ambos son maestros de matemáticas, y según la planificación de vigilancia de patios, coincidirán todos los jueves por la mañana. No para de llover desde hace tres días, los tres días que hace que ha empezado el curso.

—¿Te has fijado en esa niña que va con chanclas con el chaparrón que está cayendo? ¿La conoces? ¿Es de tu curso? —dice Miguel.

—Sí, es de mi primero... Ayer ya me di cuenta de ese detalle, pero no le di más importancia. Pero que esté dos días seguidos con los pies mojados ya empieza a preocuparme.

—Mira la documentación que nos llegó al instituto cuando hicimos las reuniones con los profesores de sexto de su escuela de Primaria. Quizá te dé pistas para saber qué le pasa. ¿Recuerdas su nombre?

—Sí, claro. El curso empezó anteayer no, el otro, pero mal iría si no recordara todos los nombres de mi tutoría. Se llama Andrea, y es de las niñas que no se hacen notar en el aula.

Suena el timbre. Poco a poco, el alboroto que hasta hace poco llenaba el porche va apaciguándose. Miguel y Ana, y todos los compañeros del claustro vuelven a las aulas. Ana retoma el hilo de lo que había empezado a trabajar el primer día de clase de matemáticas con el nuevo alumnado: «¿con cuántas unidades de medida diferentes podían expresar su peso y altura?». Pero al mismo tiempo, no podía dejar de pensar en aquella niña tan alta y tan discreta que llevaba días entrando con los pies empapados en el aula.

II

—Ana, ¿recuerdas que hoy tenemos la primera reunión de la comisión social del centro? —le dice Montse, la directora, justo cuando acaba de sonar el timbre del mediodía y Ana quería consultar la documentación de Andrea.

—Pues no, no me acordaba... ¿No puede ir alguna otra persona? ¿No se puede aplazar? Quizá sea muy pronto para reunirnos, y a principio de curso hay mil cosas que hacer.

—Ana, ya sabes que estas reuniones son importantes, sobre todo para conocer y valorar las situaciones familiares de los alumnos nuevos y poder plantear al Ayuntamiento y a Inspección las medidas de apoyo que puedan necesitar. Y no, no se puede aplazar.

Hace días que lo concretamos con el trabajador social del Ayuntamiento, y tú estabas. Por tanto, no podemos cambiarlo, y no irá ninguna otra persona.

Ana no esperaba otra respuesta. De hecho, no podía haber otra. Había costado mucho que la comisión social del centro alcanzara el nivel de confianza y la agilidad que permitía atender tan bien y tan pronto como fuera posible al alumnado que se encontrara en una situación precaria. Era un grupo reducido de trabajo: dos personas representando al profesorado de ESO, dos personas representantes de la AMPA, el jefe de estudios y un trabajador social del consistorio. Seis personas que sabían el valor de su tarea para favorecer la mejor escolarización de los niños y los jóvenes de quienes hablaban en cada reunión.

Esta es la primera después de las vacaciones. Las personas que ya se conocían se alegran de reencontrarse, hablan de cómo les ha ido el verano y se enseñan fotografías con los móviles. Cuando entra Alfonso, el jefe de estudios, también saluda a los conocidos y hace las presentaciones de las dos nuevas incorporaciones.

—Bueno, después del verano, ¡san volvemos! En primer lugar, os presento a Ana, profesora del departamento de Matemáticas y tutora de un primero de ESO. Ha estado aquí un par de años como interina, pero este curso ya tiene plaza fija en el centro. Ella representará a los tutores de primero y segundo de ESO. También os presento a Laura, la nueva secretaria de la AMPA, que tiene un hijo en segundo y otro en cuarto, y que sustituye a Fátima, que este curso ya no tiene ningún hijo en el instituto. Como sabéis, ¡el tiempo pasa! Así que no lo perdamos y ¡vayamos al lío!

—Bueno, para romper el hielo y para hacer caso a Alfonso, empiezo yo mismo. Ana, ya nos conocemos de vista, pero ahora trabajaremos de forma más continuada. Soy Sergio, el trabaja-

dor social del Ayuntamiento; también hago el seguimiento de los alumnos de sexto de Primaria del barrio, que ya atendía en las escuelas y que ahora vienen al instituto. Y, por lo que he visto en los expedientes, tú eres la tutora de Andrea, ¿verdad?

Y Ana, que quería saber más de la niña que con aquella lluvia solo llevaba chanclas, vio de repente que alguien podría hablar de ello mucho más que la documentación que quería haber consultado en ese momento.

III

Andrea era de las niñas más altas de la clase, pero también de las menores: cumplía años a finales de noviembre. Así pues, empezó primero de ESO con 11 años. Tenía dos hermanos menores que iban a la escuela pública del barrio. Había aprobado todas las asignaturas de sexto de Primaria, con ciertas dificultades, sobre todo en lengua castellana y lengua inglesa, pero con buen desarrollo en matemáticas y ciencias naturales. Hasta aquí, la información curricular de Andrea. Sergio lo explicó como quien explica los prolegómenos de una película antes de dar paso a la acción.

Y siguió. La familia de Andrea es originaria de Ecuador, pero los tres hermanos ya nacieron en España. Sus padres vinieron a principios de los años dos mil, y el padre trabajó enseguida en la construcción. Pero con la crisis de 2008, se quedó sin el trabajo que lo había traído hasta aquí. Después, pocos trabajos y mal pagados, malestar en casa, tirantez en la pareja. Sin embargo, en tres años tuvieron tres hijos: Andrea y los dos hermanos pequeños. Pero la situación económica y la relación de los padres se deterioraban paulatinamente. Hasta que un día, cuando Andrea tenía solo 3 años, su padre decidió que todos volverían

a Ecuador. María Esperanza, la madre de Andrea, se negó en redondo. Discusiones que al principio fueron verbales fueron convirtiéndose en situaciones cada vez más violentas. Cuando la situación llegó a las manos, y después de que un día el padre le pegara a la pequeña Andrea, María Esperanza decidió acudir a los servicios sociales y a la policía local. Poco después, el hombre al que en algún momento había amado y que en algún momento la había amado a ella volvió solo a Ecuador. Y María Esperanza se quedó sola con tres hijos, una niña de 3 años, un niño de 2 y uno de diez meses.

—Actualmente, María Esperanza —añadió Sergio— trabaja de cajera en el supermercado de la rambla del barrio. Ha tenido suerte y tiene un contrato indefinido, pero prácticamente todo el sueldo debe destinarlo al alquiler del piso donde viven.

—Oye, Sergio —dijo Ana—, desde que ha empezado el curso, y con las lluvias que han caído estos tres días, Andrea ha venido con chanclas a la escuela. Debe haber pasado frío a la fuerza.

—¿Ves por qué nada más empezar la reunión te he hablado de Andrea? Pues creo que deberías hablar con María Esperanza lo antes posible.

IV

Terminada la reunión, Ana cogió el móvil y llamó a Alessandro, su marido. Siempre que podían, almorzaban juntos cerca del instituto. Él tenía una pequeña empresa de servicios informáticos en el mismo barrio y les gustaba compartir ese rato del mediodía, antes de que ella volviera al instituto o a casa, o antes de que él volviera de alguna de las inacabables reuniones con algún cliente. Pero aquel mediodía, Ana quería saber más de esa niña delgada,

desgarbada y tímida que había ocupado los primeros momentos de la reunión de la comisión social. Coincidía, además, que había parado de llover y asomaba un sol también tímido.

Decidió ir a tomar un bocado al bar de la plazoleta donde estaba el instituto. Poca cosa, para poder continuar por la tarde. Sentía curiosidad por Andrea y por María Esperanza. Hacía poco que se había sentado a comer, cuando se acercó Laura, la nueva secretaria de la AMPA a la que el jefe de estudios había presentado hacía un rato.

—¡Hola, Ana! ¿Te importa que me sienta aquí?

—¡Oh, por supuesto que no! Estaba echando un bocado antes de volver al instituto dentro de un rato, no espero a nadie ni tengo que hacer nada especial.

—Y luego dicen que los maestros salís como un rayo del instituto y os limitáis a hacer vuestras horas de trabajo ¡y basta!

—Bueno, ya sabes cómo va eso. ¿A ti no te dicen que, si estás de secretaria en la AMPA, es para sacar algún provecho?

Ambas sonrieron al ver que, de algún modo, los estereotipos y los tópicos corrían por todos los barrios. Laura solo quería tomar un refresco antes de ir a comer a casa. Así que ese primer encuentro, tan casual, fue breve, pero cordial. Trabajarían juntas en la comisión social. Ambas sentían apasionadamente lo que justificaba su presencia en el instituto: la mejora de la educación de los cientos de jóvenes del instituto, el trabajo para estar al lado de las familias en ese camino, la prioridad para atender más a quienes más necesidad tienen...

—¿Qué edad tienen tus hijos, Laura?

—Albert hace cuarto y Pablo, segundo. Creo que tú no les das clase. Parece que fue ayer cuando Albert empezó primero, y ahora ya está a punto de terminar la ESO. Es increíble cómo corre el tiempo. Y tú —añadió—, ¿tienes hijos?

—No, no, todavía no. De hecho, por el momento ni nos lo planteamos. Alessandro, mi marido, tiene una pequeña empresa que le ocupa mucho tiempo y yo me paso todo el día en el instituto. No tenemos tiempo y, por ahora, no sé si tenemos muchas ganas. Estamos bien así. Pero el tiempo dirá..., nunca se puede decir de este agua no beberé...

—...«ni este cura no es mi padre», como dice el refrán. Bueno, tengo que irme. Ah, por cierto, ¿vosotros compráis en el supermercado de la rambla?

—Sí, es el que tenemos más cerca de casa.

—Pues fíjate en la cajera más bajita y morena que trabaja por la tarde: es María Esperanza, la madre de Andrea.

V

María Esperanza era, efectivamente, una mujer bajita y morena. Tenía los ojos oscuros, una trenza larga que le llegaba a media espalda, unas manos ajadas y una sonrisa dulce. Ana se fijó sobre todo en esa sonrisa, no especialmente amplia ni explícita, pero muy acogedora. Dulce, pensó.

Le había telefoneado la misma tarde de la reunión de la comisión social, y habían quedado en el instituto apenas una semana después, cuando María Esperanza podía, porque entraba un poco más tarde. Andrea ya estaría en casa, y sus dos hermanos se quedaban en el comedor de la escuela.

—Buenas tardes, señora profesora. Disculpe mi forma de hablar, porque aún no domino el idioma lo bien que quisiera, pero en casa tengo tres maestros y cada día aprendo un poco.

—Buenas tardes, María Esperanza. Me puedes llamar por el nombre: me llamo Ana. Y puedes tratarme de tú. Tampoco de-

bes pedirme disculpas por tu acento: lo encuentro fantástico, y agradezco el esfuerzo.

—Es la primera vez que vengo al instituto. Todo es tan grande, hay tanta gente... Me ha costado mucho encontrar la clase de mi hija. ¿Tiene algún problema Andrea?

—No, no, es una niña que no da problemas. Además, le gustan mucho las matemáticas, que es mi asignatura. No quiero hablarle de problemas, ni de comportamiento, ni de aprendizaje. Pero la veo a veces como ausente, como distraída, preocupada, muy encerrada en sí misma. Seguro que es por el cambio de centro, por el cambio de compañeros..., pero los tres primeros días de clase, la semana pasada, que llovió tanto, vi que venía al instituto calzada solo con unas chanclas y...

María Esperanza, inquieta, la interrumpió:

—Pero trae todos los libros, ¿no? Y no le falta nada de material, ¿verdad?

Ana miró esos ojos, que ya no mostraban la dulce sonrisa que había visto cuando María Esperanza entró en la reunión. Entendió lo que ocurría, entendió que aquel inicio de septiembre o había libros o había zapatos nuevos. Entendió que la madre había priorizado los libros: la ropa y el calzado podían esperar.

—Sí, claro que sí, Andrea trae los libros y todo el material escolar. Eso no me preocupa. Me preocupaba más la sensación que me producía verla en el patio, o entre clase y clase, como si estuviera en su mundo, lejos. Pero ahora que nos hemos conocido, María Esperanza, intuyo lo que le pasa, y creo que podemos encontrar la forma de ayudarla.

—Te lo agradezco, Ana, pero a finales de mes podré comprar zapatos y un poco de ropa, y ya no se mojará los pies cuando llueva. Andrea solo tiene 11 años, todavía es una niña que solo me tiene a mí, que no conoce a nadie del instituto, que todavía no

tiene amigas en quien confiar o con quien poder hablar. Cuando estoy trabajando en el súper, ella debe cuidar a sus hermanos, ayudarles con los deberes, prepararles la cena. No puede tener la vida de otras niñas, y hay veces en que eso la desanima, hace que se sienta muy triste.

—Pero Andrea hace todos los deberes, he hablado con todo el profesorado y trabaja en todas las asignaturas... ¿Cómo lo hace?

—Es que... hace los deberes mientras espera que lleguen sus hermanos a casa, y prácticamente no come. Cuando iba a la escuela, tenía la beca de comedor del Ayuntamiento, como sus hermanos, pero ahora, en el instituto... Es que yo ya no puedo más, Ana. Trabajo por las tardes en el súper, por las mañanas cuido un matrimonio de ancianos en el bloque de al lado de casa, no tengo familia aquí, mi exmarido no quiere saber nada de nosotros, solo cuento con algunas madres ecuatorianas con las que nos ocupamos mutuamente de las criaturas cuando están enfermas, nos ayudamos a llegar a fin de mes, podemos hablar de la mala situación que vivimos, de las esperanzas frustradas del viaje y de que lo peor para nuestros hijos sería volver... ¿Tú imaginas qué les pasaría ahora a Andrea y a sus hermanos si hubiera decidido volver a ese pequeño pueblo de montaña de Ecuador de donde me fui hace más de quince años?

Ana sabía el conflicto que representaba para los chicos y las chicas que habían nacido aquí tener que volver a regañadientes al país de sus padres. Y sabía también el valor enorme de las muchas madres y los pocos padres que debían sacar adelante a una familia sin más manos que las propias. Dos únicas manos, luchadoras, valientes, cansadas.

—María Esperanza, yo sé que Andrea traerá zapatos nuevos en cuanto empiece en octubre, y tú debes saber que buscaremos la manera de facilitarte a ti, y también a ella, algún recurso que pueda ayudaros tan pronto como sea posible.

—Muchísimas gracias, Ana, pero que no sea vestir a un santo para desnudar a otro. Yo tengo trabajo y hay mucha gente que no tiene ni eso.

—Tranquila, María Esperanza. La comisión social del instituto valora cada caso y no deja a nadie sin la ayuda que le podemos dar o que podemos reclamar al Ayuntamiento o al Gobierno. ¡Y yo soy muy tozuda y persuasiva!

VI

Por la noche, la reunión con María Esperanza acapara la cena de Ana y su marido, Alessandro.

—¿Cómo lo consigue sola y con tres criaturas, cuando nosotros apenas tenemos tiempo para vernos y hablar con calma, y cuando llega la noche caemos rendidos en el sofá?

—¿Tú te verías con ánimo, Ana, de sacar adelante una familia tan grande si fueras madre soltera?

—Vaya pregunta... ¿Y tú si fueras padre soltero?

—Creo que dependería de si me lo hubiera planteado desde el principio, o me lo encontrara sin desearlo ni esperarlo. En todo caso, los niños estarían siempre por delante de todo.

—Sí, claro..., pero qué fácil es decirlo sin encontrarse en esa situación. ¿Te imaginas a María Esperanza cuando sus niños eran bebés, las estrategias que debía utilizar solo para ir a tirar la basura? ¿Solo para preparar la cena y bañar a las tres criaturas cada día? ¿O para ir de compras, o al médico? Nada más pensar en ello se me pone la piel de gallina...

—Sin embargo, Ana, creo que hay otras cosas quizás más difíciles que la organización del día a día. En el caso de María Esperanza, no es únicamente no tener a nadie con quien compartir

los trabajos de casa, es tener que estar en permanente tensión por culpa de su ex, es saber que nadie te puede ayudar a compartir gastos, es saber que no tienes a nadie con quien poder hablar de lo que hay que hacer cuando un niño se pone enfermo o los maestros te llaman porque quieren hablar contigo de alguno de tus hijos...

—Yo creo que, tanto si es una opción elegida como si te viene dada, una familia con una madre sola...

—O un padre solo... —interrumpió Alessandro.

—También, pero en el instituto debe haber un padre solo con niños contra seis o siete madres solas con niños... Aunque para el caso es lo mismo; yo creo, como te decía, que es importante que los padres solos o las madres solas no se sientan, tanto si la crianza en soledad es elegida como si no, abandonados a su suerte. María Esperanza es fuerte y, como ella misma me dijo, tiene trabajo y un apoyo mínimo de algunas vecinas compatriotas suyas, pero no siempre es así. Creo que todo el apoyo económico, legal y emocional que se tenga con familias como la suya es imprescindible. ¿Has leído que las familias con madres solas son las que tienen mayor riesgo de pobreza?

—Yo creo —añadió Alessandro— que también debemos cambiar un poco la mirada sobre las familias monoparentales: todavía hay gente que las considera como una especie de familia incompleta o con una situación provisional, no como una opción de familia.

—Tienes toda la razón. María Esperanza ni necesita ni quiere a alguien que la salve, alguien que la «complete». Pero debe haber formas que le hagan más fácil sacar adelante ella sola su casa y a sus tres criaturas. Para empezar, en la próxima reunión de la comisión social pediré que Andrea acceda a la beca de comedor y se quede a comer en la cantina del instituto; no quiero ni pensar qué y cómo comerá cada día en su casa para que le dé tiempo a hacer los deberes antes de que lleguen sus hermanos pequeños...

—Es que, con los horarios del instituto, tú ya sabes que...

—Buf, Alessandro..., no me salgas ahora con lo de los horarios, dejémoslo para otro momento si no te sabe mal. ¡Me parece que deberíamos dejar de tener el instituto como el tercero en la mesa...!

VII

Acabada la reunión de la comisión social del instituto. Ana respiró hondo y sonrió para sus adentros. Estaba contenta. Habían hablado con tiempo y con calma de Andrea, y de todas las Andreas y Andreses del instituto; de los jóvenes que tenían una madre coraje, un padre coraje; de las familias con un solo progenitor y de la consideración que debían tener en el instituto; del respeto y del apoyo con el que debían ser reconocidas y tratadas.

—Me ha gustado la idea que has expuesto de que a las familias monoparentales no debemos verlas como familias incompletas o provisionales —dijo Laura, mientras recogía sus papeles y cogía la chaqueta.

—De hecho, la idea es de Alessandro, mi marido. Siempre tiene buenas salidas y me muestra el instituto con una mirada desde fuera. Y creo que eso siempre es bueno.

—¡Ya lo creo! No se puede ver todo solo a través de las programaciones, las reuniones, las evaluaciones... Como dice el tópico, ¡trabajáis con material muy sensible!

—¡Y que lo digas! —se apresuró a contestar Ana, divertida.

—Bueno, cuando digo «material» ¡quiero decir «adolescentes», claro!

—Ja, ja, ja!, ya te he entendido —contesta Ana.

—Por cierto, Ana..., ¿nos tomamos esa cervecita que quedó pendiente el otro día?

Índice

Presentación	5
Septiembre. Madres coraje	13
Octubre. Familias grandes, casas pequeñas	25
Noviembre. Si duele, no es amor	37
Diciembre. Ninguna familia es perfecta, pero el amor hace que todas sean ideales	51
Enero. Las segundas familias nunca son de segunda	65
Febrero. Casas grandes, familias pequeñas	79
Marzo. Con uno que no sonría, mis hijos ya tienen bastante	93
Abril. Descubrirse las raíces y desplegar las alas	107
Mayo. Tres adolescentes con el agua al cuello	123
Junio. No sé cómo lo hacéis, pero menos mal que lo hacéis	139
Y una comida de julio	153
Agradecimientos	157

Si desea más información
o adquirir el libro
diríjase a:

www.octaedro.com

OCTAEDRO EDITORIAL

Otros títulos publicados

- Yo, mediador(a)
Felipe Munita
- Pedagogía antifascista
Enrique-Javier Díez-Gutiérrez
- Voces con esencia
Ana Novella, Antonio Alcántara (coords.)
- El gatopardo educativo
Miguel Martín-Sánchez
- Atravesar fronteras
Asunción López Carretero, Patricia A. Gabbarini, Adrià Paredes (coords.)
- Una cárcel educadora
Jordi Enjuanes Llop y Yanina Diaz Ortega
- Una pedagogía desobediente
*Fernando Hernández-Hernández,
Marisol Anguita López (coords.)*
- La lectura en voz alta: sus beneficios
*David Bueno, Anna Forés,
Antoni Ruiz Bueno*
- Descubre (tus) valores. Guía práctica para educar y proteger
Patricia Gutiérrez Albaladejo

Queridas familias

Un instituto público de Secundaria es el escenario desde el que Jordi San José, profesor jubilado y exalcalde de su ciudad, plantea el doble propósito de *Queridas familias*: poner en valor la diversidad familiar y el papel del profesorado en normalizar esa diversidad. En diez capítulos que transcurren a lo largo de un curso escolar, el autor reflexiona sobre las diversas familias del alumnado y sobre las propias familias de los tres protagonistas: una tutora de 1.º de ESO que acaba de obtener plaza en el centro, un profesor que se jubila al acabar el curso y la secretaria de la Asociación de Familias de Alumnos (AFA).

Queridas familias es una esperanzada muestra de respeto y amor a la familia, a todas las familias, que de ningún modo se puede atribuir en exclusiva ninguna opción política conservadora.

Y veía también cómo habían ido cambiando las familias en tan pocos años. Ya no eran solo familias que hablaban en castellano, sino decenas de lenguas diversas; ya no eran solo familias con la mujer ocupando un discreto segundo lugar, sino familias donde las mujeres no aceptan ser la sombra o el complemento de nadie; ya no eran solo familias como aquella en la que yo nací, sino familias con solo un padre o una madre, familias de dos hombres o de dos mujeres que se aman, familias de personas que se aman desde el primer momento que se vieron o familias que se aman después de haber superado el trance de un desamor anterior, familias que superan dificultades, familias a las que superan las dificultades, familias con hijos propios, que adoptan hijos como vosotros, que acogen a niños... Tantas clases de familias...